

DISCURSO

PARA EL DÍA 26 DE MAYO.

PODERÍO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—Poderío de María Santísima.

SUBDIVISIONES.—1. Por su dignidad de Madre de Dios.—2. Por su propia santidad.—3. Según el testimonio de los Santos Padres.—4. Según las expresiones y plegarias de la Iglesia.—5. Según el testimonio de todos los siglos.

PUNTO SEGUNDO.—Motivos que nos inclinan á invocar el poderío de la Santísima Virgen.

SUBDIVISIONES.—1. Indiferencia del siglo.—2. Desarreglo de los cristianos.—3. Nuestras necesidades.

Positus est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus.

Fué puesto un trono para la madre del rey que se sentó á la derecha de él.

(III REG., II, 19.)

HASTA después de haber resucitado Jesucristo, no se realizó la magnífica profecía de David, cuando dijo: El Señor ha reinado; vistióse de gloria, de fuerza y majestad; *Dominus regnavit, decorem indutus est, indutus est fortitudinem et præcinxit se* (Ps. XCII, 1). Hasta después de su gloriosa Asunción, no fué revestida la Santísima Virgen de las insignias de su poder. Entónces se colocó al lado de su Divino Hijo un trono que fué ocupado por María, proclamada Reina: *Positus est thronus matri regis, quæ sedit ad dexteram ejus.* (III REG., II, 19.)

Acerca de este excelso Trono, me propongo discurrir hoy, H. M., considerándolo como símbolo del poder de María: 1.º poder con Dios; y 2.º poder que debemos invocar por muchos motivos. Acabo de manifestaros el objeto y división de mi discurso. Inclinémonos desde luego ante ese potente Trono saludando á la Virgen soberana con el Angel.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

PODERÍO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Para convencerse de la grandeza del poder de María, basta recordar que de esta Señora es de quien nació Jesús: *De qua natus est Jesus.* (MATTH., I, 16). En efecto: el nombre de Madre, que tan poderoso es para los corazones generosos, ¿había de dejar de serlo para el corazón de Jesús, en quien se encierran todos los tesoros de la Sabiduría y ha querido ser el más perfecto ejemplar de todas las virtudes? Si en la tierra estuvo Jesús sumiso á María y á José: *Et erat subditus illis* (LUC., II, 51), ¿cómo puede despreciar en el Cielo á su digna Madre? Si por condescender á sus deseos obró en el mundo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná, ¿es creíble que en la bienaventuranza, mansión de su autoridad, de su amor y de su magnificencia, rechace las súplicas suyas? Si antes de morir deja recomendada su Madre al discípulo á quien ama, enseñándonos, como advierte San Juan Crisóstomo, que hasta la muerte debemos nuestro principal cuidado á los padres que nos dieron la vida: *Ipse crucifixus Matrem suam discipulo comendat, ut nos doceat ad extremum usque habitum parentum curam præcipuam habendam esse* (Hom. 85, in Joan.), ¿habría de suponerse que, triunfante ahora é inmortal en el Cielo, no hará caso alguno de la intercesión de la misma Madre? Contradicciones serían éstas que no caben en Jesús, Hijo de Dios. Salomón no era sinó un rey puramente terrenal, y aunque ejerciese un poder limitado, quiso que Betsabé, su madre, le pidiera con toda confianza cuanto estuviera en su mano concederla; «porque, decía él, no me sería permitido despacharos descontenta:» *Neque enim fas est ut avertam faciem tuam* (III. Reg., II, 20); y Jesucristo, que puede otorgarlo todo sin menoscabo de su infinita riqueza, no puede rehusar á María cosa alguna, porque María no puede pedirle nada que no sea para mayor gloria de su Hijo. La madre de los Macabeos no tuvo necesidad de otro recurso que el de traer á la memoria del último de sus hijos cómo le había alimentado con su leche, para persuadirle que sufriera con valor el martirio á que le entregaran sus hermanos; y «la Madre de Jesús, dice San Carlos Borromeo, alcanzará de su Hijo cuanto solicite, con sólo recordarle que le alimentó cariñosamente en su infancia con su leche virginal:» *¿Quid Filius matri ubera ostendenti, novem illos menses quibus illum in utero portavit, in memoriam revocanti, negabit?* (Hom. t. I, p. 165). Y ¿cómo ha de oír con indiferencia Jesucristo los ruegos de su Madre, si une á la memoria del alimento que de ella recibió, la de lo mucho que María padeció por él en el establo de Belén, en su viaje á Egipto, en la solicitud que angustió su corazón cuando

le buscaba perdido en Jerusalén, en las fatigas á que se entregó por seguirle, y en la cruel amargura que inundó su corazón cuando quiso participar de los dolores de su Hijo durante la Pasión, y en el Calvario? Suponer que María no puede ser escuchada de Jesucristo sería suponer, dice San Bernardo, que el Hijo de Dios no honra á su Madre, ó que María no ha trasladado á su corazón los sentimientos de amor que Jesús tiene á los hombres: *Nisi forte aut non creditur Dei filius honorare matrem, ut dubitare quis potest omnino in affectum charitatis transisse viscera in quibus ipsa quæ ex Deo est charitas novem mensibus corporaliter requievit* (S. Bern., in *Assumpt. Virg.*, I, §. I). Nó, de ningún modo es así, ¡oh el más perfecto y cumplido de los hijos de los hombres! Vos no negaréis cosa alguna á la más incomparable de las madres, sinó que haréis se cumpla en el Cielo aquel oráculo pronunciado por una boca que ha quedado desconocida para el mundo: Dichoso el seno que os llevó y los pechos que os alimentaron: *Beatus venter qui te portavit et ubera quæ suxisti* (Luc., XI, 27).

La Santidad de María, C. O., no es título menos poderoso para asegurar nuestra protección cerca de su Divino Hijo. Santiago atestigua que la oración asidua del justo tiene gran poder con Dios: *Multum valet deprecatio justí assidua*. (Jac., v, 16). Moisés, Josué, Jeremías, Onías, todos obtienen de Dios asombrosos prodigios con sus súplicas. El Señor mismo invita á los culpables amigos de Job á que imploren de éste la ayuda de sus ruegos, obligándose á escucharlos: *Ite ad servum meum Job... orabit pro vobis, faciem ejus suscipiam, ut non imputetur vobis stultitia* (Job, XLII, 8). Si Dios, pues, ha accedido en la tierra á la intercesión de Santos muy inferiores á María en la virtud, ¿cómo no ha de acceder en el Cielo á los ruegos de María, á quien San Pedro Damiano llama asamblea de todas las virtudes, y junta de todas las gracias? *Conventus omnium virtutum, respublica gratiarum?* ¿Cómo ha de mostrarse indiferente á las súplicas de aquella «á quién, según Santo Tomás, fué concedido en su primera santificación el no pecar jamás, y en la concepción de su Hijo el no poder pecar?» *In prima sanctificatione datum est ei ut nunquam peccaret, et in conceptione Filii ut peccare non posset?* ¿Cómo apartará su atención de aquella á quien el piadoso Idiota no teme aplicar las palabras de la Escritura: «Es una pura emanación de la gloria de Dios Omnipotente, por lo cual no tiene cabida en ella ninguna cosa manchada, como que es cándido resplandor de la eterna Luz, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad?» (Sap., VII, 25, 26). La infernal serpiente no inficionó jamás á esa purísima azucena con su impuro aliento, ni el pérfido basilisco tuvo nunca la temeridad de poner en ella sus mortíferos ojos. ¿Con cuánta confianza, pues, no se presentará María á Jesucristo, para pedirle las gracias que necesitamos? Si os hace falta la virtud de la pureza, H. M., pedidla por intercesión de María, á quien de seguro no la será negada, habiéndosela otorgado ya en el mundo, como advierte San Ambrosio, el dón de comunicar esta virtud con sola una mirada suya: *Ut si quos aspiceret, chastitatis insigne*

conferet. Si necesitáis fortaleza para sobrellevar los trabajos y tribulaciones de la vida, pedidla por intercesión de la Santísima Virgen, á quien se concedió fuerza suficiente para ser la heroína del Calvario. Si deseáis fe, María es el estandarte de ella, como dice San Ambrosio: *Vexillum fidei*. Si anheláis abrasaros en santo amor, María es el altar donde esa divina llama arde continuamente sin extinguirse ni por un momento. Si buscáis, en fin, la luz, acudid á María quién, según San Jerónimo, no estuvo nunca en tinieblas. Demandando por medio de María todas las virtudes, tributamos homenaje á las que María practicó, y la determinamos á que no deje de interceder por nosotros, hasta obtenérnoslas todas.

No arbitrariamente atribuyo á María Santísima el poderío de que os hablo; fúndome en el testimonio de Santos Padres quienes unánimemente lo celebran. San Cirilo de Alejandría en el Concilio general de Efeso, no dudó asegurar deberse al poder de la Madre de Dios la ruína de los ídolos, las conquistas de los Apóstoles, y el triunfo del Evangelio. San Agustín reconoce que se la debe la muerte de las herejías: *Cunctas hæreses interemisti*; y no quiere que falte jamás la confianza en todos los que su santo nombre invoquen: *Nomen sub quo nemini desperandum*. San Bernardo publica en alta voz, que la esperanza de nuestro corazón, que el dichoso germen de salud desarrollado en nuestra alma, son debidos á la asistencia de María: *Si quid spei, si quid salutis in nobis est, ab ea noverimus redundare*. María, según el mismo Santo Doctor, es la canal por la que el Señor hace que pasen todas las mercedes que nos envía: *Totum nos habere voluit per Mariam*. San Buenaventura la aclama seguro asilo de los pecadores. San Ignacio, en fin, llega á asegurar que no hay pecador que se convierta y salve, si no ayudado del auxilio de María: *Impossibile est ullum peccatorem salvari, nisi per tuum, Virgo, præsidium*. Así es, Virgen gloriosa, como todos aquellos Santos que fueron enriquecidos con los tesoros de la gracia, vuelven á vos sus ojos confiadamente, para obtener el aumento y conservación de los grandes bienes que se les concedieron en consideración á vos: *Vultum tuum deprecabuntur omnes divites plebis*. (Psal., XLIV, 13.)

Pero donde más se ve el poderío de la Virgen Santísima es en los términos con que la Iglesia quiere que los cristianos la invoquen. Diariamente pone en los labios de sus fieles esta plegaria: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte;» para que entendamos que nada tenemos que temer, ni durante la vida, ni en la hora de la muerte, si invocamos á María, no de palabra sólo, ó por costumbre, ó de cumplimiento, sinó con fé, con confianza, y desde el fondo de nuestro corazón. «Recurrimos á vuestro amparo, Santísima Madre de Dios, nos hace decir otras veces la Iglesia: no despreciéis nuestras súplicas en la necesidad, y libradnos de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita:» *Sub tuum præsidium*. Un momento hace que este mismo templo resonaba con la exclamación de confianza y de respeto que salía del corazón de los sa-

cerdotes, hablando en nombre del pueblo católico: «¡Cuán grande es el poderío que se os concedió, oh Virgen Santa! ¿Quién puede expresar las gracias que por vuestra mediación descienden á la tierra? *¡O concessa tibi quanta potestas! ¡Per te quanta venit gratia terris!* Desde lo alto del Trono que ocupáis junto á Jesucristo, atended á los ruegos de vuestros hijos, porque podéis, oh Virgen Madre, calmar las iras de vuestro Divino Hijo, provocadas por nuestras culpas:» *Alto de solio vota tuorum audi: namque potes flectere Natum; Virgo Mater, amas nos quoque natos.*

Si alguna duda pudiera haber aún en vosotros, A. H. M., acerca del incomparable poder de María Santísima, nada más fácil que disiparla, apelando al testimonio de los siglos cristianos, en los cuales no se ha cesado un punto de reverenciar, invocar, y experimentar la benevolencia y el cariño de la Virgen. Os haría ver los templos y altares levantados en su honor desde el origen del Cristianismo; os recordaría los innumerables milagros obrados por su intercesión. Pero en este punto, os lo confieso, me hallaría embarazado para elegir algunos sucesos prodigiosos entre los que se presentan en innumerable multitud. Ved el mar encrespado que amenaza tragar en sus abismos al navegante que lleva sobre sus olas. Braman los vientos con fragor, las velas de la nave se agitan y rasgan con violencia, quiébranse los mástiles, rómpense las cuerdas, cruje la tablazón, se desune, se abre, dando paso al agua que se levanta en espumoso monte hasta las nubes. Pálido y tembloroso el marinero, no descubre do quier fija la vista sinó la imagen de la muerte que de cerca le amenaza. Confiad, angustiados nevegantes: hay un nombre poderoso que tranquilizará ese Océano revuelto, y apaciguará el viento enfurecido, si lo pronunciáis con fe: ese nombre es el de María. De hecho los creyentes marinos invocan á María, y en el instante mismo la calma desciende al mar y el gozo á los corazones afligidos, sucediendo á las voces acongojadas que pedían socorro, las de la gratitud por el beneficio que acaban de recibir; de la gratitud que pone en los labios de los favorecidos el nombre de María, como lo estaba ya en sus corazones. ¿Necesitaré hablaros después de ésto, de las señaladas victorias que bajo su protección se han obtenido, y en memoria de las cuales se la da el glorioso título de Nuestra Señora de las Victorias? Ocioso sería extenderme en esta materia, cuando tan convencidos estáis de que el nombre de María es más formidable á los infieles y á los herejes, que los ejércitos más numerosos y aguerridos. Por otro lado, ¿á cuántos enfermos no les ha sido restituída la salud por la poderosa intercesión de María Santísima? ¿Cuántos pecadores no se han convertido á la virtud? ¿Cuántos afligidos no han sido consolados? ¿Cuántos ciegos no han vuelto á ver la luz? El número de estos prodigios es tan grande, y tan notable el de auténticos, que no basta la más osada incredulidad para negarlos, ni el más frío escepticismo para ponerlos en duda. Entrad, H. M., en cualquiera de los muchos templos que el agradecimiento ha erigido en honor de María Nuestra Señora, y exa-

minad la serie de ofrendas y pinturas antiguas y modernas que el recuerdo de sus beneficios y el deseo de publicarlos ha colocado allí. ¿Qué os dicen esos objetos? ¿Qué os dicen con su mudo, pero elocuente lenguaje? Os repiten cada vez que se ofrecen á vuestra vista, que María es muy poderosa con Dios. Humillad, pues, á lo menos por un instante, vuestro orgullo, almas soberbias, que habríais creído hacer una cosa indigna de vosotras si invocabais á María, y venid á postraros al pié de sus altares. Venid y rogadla; y si no la halláis benévola como á la más cariñosa de las madres, consiento en que renunciéis á su culto para siempre. Pero si, como no lo dudo, experimentáis desde luego su bondad, uníos á nosotros para honrar al Hijo en la Madre, y á la Madre en el Hijo, enviando á uno y á otro nuestras plegarias, y prometiéndoles fidelidad: *Filium honoremus in Matre, et Matrem in Filio, utriusque vota nostra fideliter exolvamus.* Estas palabras de San Lorenzo Justiniano me llevan á exponer los motivos que tenemos para recurrir á María Santísima.

PUNTO SEGUNDO.

MOTIVOS QUE NOS INCLINAN Á INVOCAR EL PODERÍO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

La impiedad contagiosa de este siglo, la más escandalosa licencia, nuestras necesidades urgentísimas, son motivos bien poderosos que nos impelen á recurrir á María Nuestra Señora, á fin de que con su potente patrocinio nos preserve de los riesgos de que estamos amenazados y nos socorra en las necesidades que nos apremian.

Hace más de medio siglo, A. H., que estamos recogiendo los amargos frutos de la irreligión; y cuando parecía que debiéramos estar cansados de beber en los inmundos pozos de la iniquidad, echando de menos las fuentes cristalinas de la verdad, de la fe y de la devoción, proseguimos en el estado de postración que anunció el profeta Oseas por estas palabras: «No hay verdad, y no hay misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. La blasfemia, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio, lo han inundado todo, haciendo correr ríos de sangre: *Non est veritas, et non est misericordia, et non est scientia Dei in terra; maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium, inundaverunt, et sanguis sanguinem tetigit.* (Oseæ, IV, 2, 3.)

Justísima razón tiene el Señor para quejarse hoy, como en otro tiempo por boca de Isaías, de haber criado y engrandecido hijos que pagan con el desprecio y la ingratitude favores tan inmensos: *Filios enutrevi et exaltavi, ipsi vero spreverunt me?* (Is., I, 2.) También la Iglesia se lamenta con Jeremías de la soledad de sus templos y de la in-

diferencia con que se miran sus mayores festividades: *Via Sion lugent eo quod non sint qui veniant ad solemnitatem.* (THREN., I, 4.) ¡Qué pueblo, Dios eterno! ¡Qué pueblo tan digno de lástima! ¡Qué espectáculo desgarrador ofrece! ¡Cuán horribles son sus llagas! ¡Cuán aterradora su porvenir! ¿Y es posible que esas gentes vivan en una tierra consagrada desde el origen del Cristianismo á María Santísima? ¿Cómo no presentan señales más visibles de su poderosa protección? ¡Ah! Ese pueblo no quiere invocar á María, no quiere imitarla, no quiere ni aún presentarse en sus templos. Hijos de María, venid; postrémonos á los pies de nuestra tierna Madre; obliguémosla con santa violencia á que escuche nuestras súplicas, dignándose apartar de nosotros el contagio de los principios destructores, mil veces más peligrosos que ese azote de la epidemia que de cuando en cuando destruye nuestras mejores poblaciones y diezma la de nuestras provincias. Obedezcamos á la invitación que nos dirige San Carlos Borromeo: *Accedite, filii, cum fiducia ad Matrem;* expongámosla nuestro peligro, y las desdichas que nos cercan; quejémonos amorosamente de que la irreligión, como inextinguible cáncer, todo lo corroe, todo lo altera en nuestra desgraciada patria: *Vestras ei aperite infirmitates;* pidámosla el socorro, que tanta falta nos hace, para preservarnos de los peligros que nos rodean: *Quæ vobis necessaria sunt petite;* lamentémonos del poco honor que se la tributa, é indemnitémosla de la criminal frialdad de la muchedumbre multiplicando nuestros respetuosos homenajes: *Eam debito honore prosequimini.* ¿Quién sabe si nuestra abnegación, H. M., tocará hasta los más endurecidos corazones, interesándolos en que nos imiten? Cuando otra cosa no consigamos, habremos correspondido á las intenciones de la Iglesia, que nos convida hoy á la piadosa imitación de las virtudes de María. Sí; porque no es otro su objeto al traer á la memoria los trofeos, la inmortal corona y las victorias de María Santísima, que el movernos á seguir sus huellas: *Car ejus trophæa et immortales coronas et victorias recolat Ecclesia? non aliam sane ob causam nisi ut sacratissimæ Virginis vestigiis inhærere contendamus.*

El libertinaje no reconoce freno; no tiene límites, ni siquiera disimulo. Toda carne ha corrompido su camino, sin que haya edad que no pague funesto tributo á la corrupción. El vicio ¡ay! se anticipa á la razón, inficiona la niñez, estraga la adolescencia, trastorna la virilidad, turba la vejez y desconsuela la decrepitud. La inmoralidad de estos tiempos ni siquiera sabe avergonzarse; ¿qué digo avergonzarse? se vanagloria de su propio cinismo; y si de algo fuera capaz de avergonzarse, sería de no ser más impudente, como dijo el gran Padre San Agustín: *Pudet non esse impudentem.* Todos se precipitan en las abominaciones del crimen (Psal. XIII, 3), haciendo consistir su gloria en el deshonor. Aquello que en otro tiempo causaba horror al paganismo, no lo causa ahora á los cristianos, de manera que el hombre elevado á una sublime dignidad, el hombre á quien Dios ha criado á su imagen y semejanza, es comparable ya á los brutos por sus infamias.

mes desórdenes: *Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus et similis factus est illis* (Psal. XLVIII, 13). ¿Queréis, H. M., pertenecer á esa muchedumbre pervertida? No lo creo. ¡Oh! éso sería renunciar al glorioso título de hijos de María. Pues bien: conjurad incesantemente á vuestra poderosa Madre, á que os separe de esa corrompida masa, y á fin de probar que vuestra súplica es sincera, haced de modo que en vuestra conducta esté la mejor demostración de que pertenecéis á María. ¿Queréis saber los caracteres que distinguen á los devotos de la Santísima Virgen? San Carlos Borromeo va á exponéroslos, atended: «Todo aquel, dice este santo Prelado, que pertenece á María, huye de la vanidad del mundo, de la vanidad que es origen de todas las iniquidades. Todo aquel que da honor á María, se esfuerza en imitar la humildad de María, cuyo abatimiento plugo á Dios contemplar, trocándolo en grandeza tan admirable que asombra á las generaciones: *Qui Dei Matris egregiam omnes imitantur humilitatem quam Deus respexit et ob quam beatam eam dicent generationes.* Pertenecen á María y la honran esmeradamente aquellas personas que evitan, como María, el comercio mundano, limitándose á conceder al mundo únicamente lo que la buena educación prescribe, sin menoscabo de la inocencia: *Quæ mulier virorum, ut ipsa fecit, refugit societates;* que observan las leyes de un silencio inviolable, cuando han de contestar á discursos peligrosos y profanos: *Quæ silentii leges inviolatas servare studet;* que no pasan jamás una vida ociosa: *Quæ nunquam est otiosa;* que no gustan de pláticas que no sean de Dios ó con Dios, y copian en su conducta las acciones y virtudes de la incomparable Virgen á quien han tomado por modelo: *Quæ omnium nisi solius Dei detrectat colloquium. quæ egregios ejus et immaculatos vivendo refert mores.* Estos son y no otros los que pertenecen y honran á María; *Hæ Dei Matrem honorant,* Así se expresa San Carlos, después de San Ambrosio: En vista de ello deberíamos reflexionar nosotros de este modo: ¿Cómo siendo María el espejo más fiel de la caridad respirará mi corazón aborrecimiento y venganza? *Speculum ipsa fuit charitatis et ego malignitati studebo?* Sabiendo que María estuvo constantemente alejada del mundo, conservándose extraña á todas sus cosas, ¿he de amar yo las reuniones, el juego y los placeres? *Solitudinem ipsa tam studiose coluit: ego semper vagabo?* Mientras María se ocupa en la oración y en la meditación, ¿no he de consagrar yo un solo instante á estos santos ejercicios? *Ipsa adeo dedita orationi: ego adeo orationis expers ero?* ¡Ah! No se honra así á la Madre de Dios: *Ah! non est hoc Dei Matrem colere.* ¿Y qué debo hacer para honrarla? Mudar de vida, enmendar las costumbres y seguir en todo su piadosa huella: *Vitam mutabo, mores corrigam ut ei respondeam.*

Digamos algo, por conclusión, H. M., acerca de las necesidades que nos imponen el deber de recurrir á María Nuestra Señora. ¡Las necesidades! ¡Oh! ¡Cuán grandes son las nuestras! Comparemos lo que somos con lo que nuestros padres eran. Ellos tenían fe viva, y nosotros la tenemos amortiguada. Ellos respetaban y honraban la virtud;

y nosotros ó nos burlamos de ella, ó la perseguimos. Ellos eran fieles observantes de la integridad y de la justicia; y entre nosotros no se oye hablar sinó de fraudes, de concusiones, malversaciones, quiebras calculadas, y usurpaciones. ¡Ay! ¡Somos ramas degeneradas de un árbol sano y venerable! ¿Y quién es capaz de restaurarnos, haciéndonos dignos de la piedad y de la honradez de nuestros progenitores? Solamente María; sólo Vos, Señora, sólo Vos, Madre amantísima, con vuestra poderosa intercesión podéis ser nuestra rehabilitadora en la presencia de Dios. Salvadnos, Virgen Santísima, pues perecemos. Volved á nosotros esos ojos maternales, llenos de bondad, de salvación y vida: *Illos tuos misericordes oculos hac nos converte*; y después de la tristeza y privaciones de nuestro lamentable destierro, mostradnos en la bienaventuranza á Jesús, fruto bendito de vuestras entrañas purísimas: *Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende*. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosísima! ¡Oh dulcísima Virgen María! *O clemens, o pia, ó dulcis Virgo María!* ¡Cuán delicioso nos será adorar al Hijo, reverenciando á la Madre, y amar á uno y á otro por los siglos de los siglos!

CARDENAL DE VILLECOURT.

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—*María puede protegernos.*

SUBDIVISIONES.—1. Es Hija del Padre.—2. Es Esposa del Espíritu Santo.—3. Es Madre del Hijo.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—*María quiere protegernos, porque es Madre nuestra.*

Fili, honorem habebis matri tuæ.
Hijo, honrarás á tu madre.

(TOB., IV, 3.)

Los figuras sublimes, y en gran manera interesantes, dominan al mundo cristiano, A. H. M.; estas figuras son Jesús y María. Allí donde la fe católica ha plantado su bandera, lo mismo en las regiones donde la civilización levanta magníficos palacios, que en las apartadas latitudes donde el inculto salvaje se guarece de los elementos en una sencilla choza; lo mismo en las basílicas de la Europa cristiana y culta, que en los templos construidos con ramas donde el misionero celebra el Santo Sacrificio de la Misa, amenazado por la cuchilla de la persecución; en todas partes, al lado del altar que se erige al culto de Jesús, se eleva otro en honor de María; junto á la imagen del Hijo, se venera la imagen de la Madre. ¡Símbolo misterioso y profundo; alianza admirable, unión maravillosa de la fortaleza y de la debilidad, de la grandeza omnipotente de Dios, y de la miseria humana en lo que ésta tiene respecto á la mujer, de más augusto, de más santo y de más afectuoso! ¡Espectáculo sorprendente! ¡Una modesta hija de Adán, una humilde virgen, elevada al honor insigne de Madre de Dios; asociada en nuestros homenajes y piadoso culto á Jesús, morando en nuestros templos, colocada en nuestros altares al lado del mismo Dios!

Pero lo que más asombra es el carácter de ternura, la fe sencilla, la devota confianza que acompañan siempre, y por todas partes, al culto de la Virgen María, haciendo de él un culto separado, un culto prodigiosamente popular, un culto, en fin, que responde en cada individuo á una especial necesidad. Ahora bien, H. M., estos rasgos característicos de la devoción á la Virgen María, este culto respetuoso y al mismo tiempo lleno de un inmenso amor, se explica con solas dos frases: 1.º *María puede protegernos*; 2.º *María quiere protegernos*. Tal es, C. O., la dulce y consoladora verdad que me propongo des-